

retiro de ocho días ! ¡ Ah ! eso es demasiado ; ¿ dónde se ha de hallar tiempo para retirarse ocho días ? ¡ y luego estrañaremos que sea tan corto el número de los que se salvan ! ¡ luego nos admiraremos de que sea tan crecido el número de los que se condenan !

Conozco , amable Salvador mio , toda la fuerza de estas verdades ; comprendo bien cuán necesario es el retiro , así para aprovechar bien los talentos recibidos , como para tomar justas medidas en orden á la eternidad . Solo confio , Señor , en vuestra misericordia , y espero que se ha de señalar en un sugeto tan vil como yo ; especialmente cuando , ayudado de vuestra divina gracia , tome todos los medios que me sean posibles para agradaros .

JACULATORIAS. — Huí del tumulto , alejéme del bullicio , y recogíme á la soledad para meditar las importantes verdades de la religion . (*Psalm. 54.*)

¿ Quién me dispondrá en la soledad un lugar muy apartado para abandonar á este pueblo , y para huir de en medio de él ? (*Jerem. 9.*)

PROPOSITOS.

1 Entre todos los ejercicios de devocion , uno de los mas eficaces para convertir á un pecador , para encender el fervor en una alma , y acaso el único remedio eficaz contra la tibieza , es el retiro espiritual . No bajó visiblemente el Espíritu Santo sino ó en el desierto ó en el retiro del cenáculo : y si Jesucristo se retiró solo tantas veces á la soledad del monte , fué sin duda para enseñarnos la necesidad que tenemos de retirarnos de cuando en cuando á la soledad ; pues en ella fué tambien donde el mismo Señor dió á gustar á tres de sus apóstoles unos destellos anticipados de la gloria , colmándolos de los mayores favores . Sirvete de este medio , y no dejes pasar año alguno sin retirarte ocho ó diez días á unos ejercicios . Tengas los negocios que tuvieres , y sea tu empleo el que se fuere , hurta el cuerpo por algun tiempo á esas ruidosas ocupaciones , á esas concurrencias peligrosas . Una calentura , un reumatismo , una jaqueca te harian invisible á todos ; pues hágate invisible por algunos días el cuidado de tu eterna salvacion . La semana santa y la de pascua de Espíritu Santo parecen tiempo muy á propósito para vacar á estos santos ejercicios ; pero al fin , escoge el que fuere mas acomodado para tí : y si no pudieres retirarte á alguna comunidad religiosa , re-

tirate á lo menos en tu casa , que esto parece que ya lo podrás hacer .

2 Unos ejercicios sin fruto son pronóstico muy funesto ; muy malo está el enfermo cuando no hacen operacion en él los remedios mas eficaces . Ten presente que el fruto de los ejercicios depende en gran parte , ó de los fines por que se hacen , ó de la disposicion con que se entra en ellos , ó de los medios que se aplican para hacerlos bien . Los fines que debes proponerte para entrar en ejercicios son : Primero , arreglar las cosas de tu conciencia por medio de una confesion general , que repare los defectos de las antecedentes , y quite la necesidad de hacerla á la hora de la muerte : segundo , reformar la vida : tercero , arreglar tu proceder en lo sucesivo : cuarto , caminar eficazmente á la perfeccion de tu estado . Las disposiciones se pueden reducir á cinco : primera , deseo sincero de aprovechar : segunda , gran desconfianza de sí mismo , acompañada de una firme confianza en Dios : tercera , un corazon liberal para con Dios , determinado á no negarle cosa que le pida : cuarta , una suma exactitud en observar el repartimiento ó distribucion de horas que se señalaré en los ejercicios : quinta , una total soledad y perfecto retiro , con una entera persuasion de la gran necesidad que tienes de él . Los medios pueden ser : primero , una singular devocion en la santísima Virgen , haciéndola cada dia alguna oracion particular para implorar su proteccion : segundo , el uso de los sacramentos : tercero , un profundo silencio : cuarto , considerar á estos ejercicios como los últimos que has de hacer en tu vida , y que en cierta manera depende de ellos tu conversion y salvacion .

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN ANTIMO , presbítero , en Roma , en la via Salaria , el cual esclarecido en virtudes y en la predicacion del Evangelio , durante la persecucion de Diocleciano fué precipitado en el Tíber , de donde lo sacó un ángel , restituyéndolo á su oratorio ; despues lo degollaron y se fué victorioso al cielo .

SAN EVELIO , mártir , en el mismo dia : era romano y de la familia de Neron , y viendo martirizar á S. Torpeto , creyó en la fe de Jesucristo , por cuya causa fué degollado por mandato del mismo Neron .

LOS SANTOS MÁRTIRES MÁXIMO , BASO Y FABIO , igualmente en Roma , los cuales en tiempo de Diocleciano fueron tambien martirizados en la via Salaria .

LOS SANTOS MÁRTIRES ANASTASIO Y SUS COMPAÑEROS , en Camerino ,

los cuales en la persecucion de Decio fueron martirizados por mandato del presidente Antioco.

LOS SANTOS MÁRTIRES SISINIO, diácono, DIOCLECIO y FLORENCIO, discípulos de S. Animo, presbítero, en Osimo, en la marca de Ancona; los cuales consumaron el martirio muriendo apedreados durante la persecucion de Diocleciano.

SAN GANGULFO, mártir, en Varennes, ciudad de Francia.

SAN MAMERTO, obispo, en Viena, el cual por causa de una gran calamidad instituyó en aquella ciudad tres dias de letanias solemnes antes de la Ascension del Señor, cuyo rito recibió despues y aprobó la Iglesia universal. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN MATOLO, abad de Cluny, en Silviniaco, ó sea Souvigni, ilustre en santidad de vida y en méritos. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN ILUMINATO (ó ILUMINADO), confesor, en Septempeda de la marca de Ancona.

El Calendario de Cataluña hace hoy conmemoracion, juntamente con otros, de los Santos PONCIO y ANASTASIO, cuyas noticias pueden verse en los dias siguientes: la de S. Poncio, el dia 14 de mayo; y la de San Anastasio, el dia 23 de enero.

SAN MAMERTO, OBISPO.

ENTRE los obispos célebres que en virtud y doctrina florecieron en el siglo v de nuestra era cristiana, fué uno S. Mamerto, eminente prelado de la iglesia de Viena, digno de eterna memoria por la institucion laudable del tiempo, método y forma de las rogativas precedentes á la festividad de la Ascension de nuestro Señor Jesucristo. Aunque no nos constan las actas de la prodigiosa vida de este héroe antes de haber ascendido á la silla episcopal de Viena, ya colocado en esta sublime dignidad, fué el objeto del amor y veneracion del pueblo por su eminente virtud y apostólico zelo con que se esmeraba en dirigir á su rebaño santamente; pues no satisfecho con velar como pastor vigilante sobre él de continuo, é instruirle por sí mismo, se valía para que le ayudasen en el ministerio de los ministros de la mayor sabiduria y conocida virtud, especialmente de su hermano Claudiano, presbítero de la misma iglesia, hombre de una vida ejemplarísima, y de una erudicion sobresaliente.

En la época de su pontificado tuvo este santo prelado muchas alicciones que le fueron muy sensibles por la ternura con que llevaba en su corazon á todos los que sometió á su cuidado



S. MAMERTO, O.

la divina Providencia. Estas mortificaciones eran causadas por diversas suertes de desgracias que sucedieron en su tiempo, las cuales pusieron el país en una triste desolacion. La continuacion de los terremotos, la frecuencia de los incendios, las diarias ruinas, y los formidables estruendos hicieron que las fieras, llenas de temor y susto, dejando las concavidades de los montes y desiertos, se refugiassen á las poblaciones. Cada dia se veian nuevas señales de la ira de Dios sobre los habitantes de aquella tierra, iban en aumento estos espantosos espectáculos, y no se hablaba de otra cosa que de los desastres públicos.

Consternados los fieles á vista de estos azotes merecidos por sus culpas, esperaban con impaciencia la festividad de la Pascua de Resurreccion, confiados en que por los gozosos misterios que en ella se representan, y por las saludables disposiciones con que se preparan los cristianos en la Cuaresma para recibir la comunión pascual, impondria el Señor término á tan formidables castigos. Animados con esta esperanza, concurrieron todos contritos en la vigilia de la gloriosa noche á celebrar en la iglesia el misterio; pero habiéndose incendiado en el interin las casas consistoriales, abandonaron el templo, y huyeron con precipitacion á los campos, clamando á voces al cielo.

Solo el santo obispo quedó en la iglesia, postrado ante el altar, implorando con gemidos cordiales y llanto la divina misericordia, y fué tal la eficacia de sus fervorosas oraciones, que con el agua de sus lágrimas aplacó la voracidad del fuego. El gozo que causó esta maravilla en el espíritu de su pueblo, hizo que se reuniese para continuar los oficios divinos; pero despues que Mamerto concluyó los misterios, y rindió á Dios las gracias correspondientes por un favor tan visible, aprovechándose de la contricion que manifestaba el pueblo, le dió á entender, que la penitencia y la oracion eran los verdaderos eficaces remedios de las desgracias de que se quejaban. Bajo este supuesto ordenó, que se hiciesen ciertas rogativas públicas, acompañadas de ayunos y preces, y consultando el tiempo y modo de su establecimiento, le pareció conveniente fuesen en los tres dias que preceden á la festividad de la Ascension de nuestro Señor Jesucristo. Asistió á ella toda la ciudad con un semblante humilde y penitente, dejándose ver poseida de una grande compuncion del corazon, mezclando las preces con lágrimas y gemidos; y cediéron las calamidades públicas. Divulgada la fama de esta laudable institucion, y de los admirables efectos que produjo, fué abrazada en las provincias vecinas, y se comunicó muy presto á

casi toda la Iglesia del Occidente, donde se ha continuado sin interrupcion hasta nuestros dias; de forma que aunque semejantes preces precedieron á la edad de S. Mamerto en tiempos indefinidos, en cuanto á la determinacion de este método y forma de su ejecucion, reconocen por primer autor del establecimiento á este insigne prelado su hijo espiritual S. Abito, obispo de Viena, Sidonio Apolinar, Gregorio de Troux, con otros escritores.

Tambien se debió á su religioso zelo la invencion de las reliquias de S. Julian y S. Fereolo, ilustres mártires de Jesucristo, que padecieron en tiempo de la sangrienta persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano; las cuales trasladó á una magnífica iglesia que edificó, á fin de que en ella les tributasen los fieles la veneracion y obsequio correspondiente.

Finalmente, despues que gobernó algunos años su pueblo como un zeloso pastor, pasó á disfrutar los premios eternos á fines del siglo v. Su cuerpo fué sepultado primeramente en la iglesia de los santos Apóstoles, estramuros de la ciudad de Viena, desde donde se trasladaron despues sus reliquias á la Basílica Constantiniana de Santa Cruz de Orleans. Allí permanecieron en grande veneracion hasta el siglo xvi, en el que los hugonotes, durante sus sacrilegas irrupciones del año 1562, entrando en Orleans, quemaron la cabeza y huesos del Santo que estaban en diferentes cajas, y dispersaron sus cenizas.

SAN MAYOLO Ó MAYEUL, ABAD DE CLUNY.

SAN Mayeul, hijo de Foquer, uno de los señores mas ricos y mas poderosos de la Provenza, nació el año de 906 en Valenzola, villa reducida del obispado de Riez. La ejemplar virtud de sus padres le proporcionó una educacion correspondiente á su religion y á su nacimiento. Desde la cuna mostró el niño tanta inclinacion á todo lo bueno, acompañada de un natural tan bello, dócil, y de unos talentos tan escogidos para el estudio de las letras, que en poco tiempo se hizo Mayeul un mozo cabal. Tenia una memoria feliz, un entendimiento vivo, penetrante y naturalmente culto, acompañado de una rara aplicacion, poco ordinaria en los de aquella edad, con que en breve tiempo adelantó mucho en las ciencias; pero mas adelantó en la ciencia de los santos por su desvelo en corresponder á las grandes gracias con que el Señor le previno desde su mas tierna edad.

Profesó desde ella singular amor á la virtud de la pureza, y en fuerza de él evitó cuidadosamente todo aquello que podia

manchar su hermosísimo candor. Ignoró los entretenimientos de la infancia, causándole disgustos los juegos que ésta usa; toda su diversion era la oracion, la leccion y el estudio. El mayor presagio de su futura santidad fué la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen. Nunca se desmintió su virtud, la que tenia gran cuidado de cultivar con la frecuencia de sacramentos y con el ejercicio de rigurosas penitencias.

Faltáronle sus padres siendo aun muy jóven. Antes de morir el padre habia hecho donacion á la nueva abadía de Cluny de mas de veinte hermosas posesiones, liberalidad muy del gusto del santo hijo; y que contribuyó mucho para avivarle mas la estimacion y el amor con que miraba ya al estado religioso. Tentábanle poco los otros grandes bienes en que se veia heredado; y andaba meditando retirarse á alguna soledad dentro de sus mismas tierras, cuando le obligaron á salir de ellas las incursiones que hacian en la Provenza los sarracenos de España, y se refugió en Macon en casa de un pariente suyo. Dióse á conocer muy presto por su virtud, por su reputacion y por su nacimiento al obispo de la ciudad, llamado Bernon. Luego que el prelado le vió, y le tanteó, se persuadió á que un jóven tan prudente, tan virtuoso, y de prendas tan distinguidas, estaba sin duda destinado de Dios para la Iglesia; y á fin de empeñarle en seguir este estado, le ordenó de primeras órdenes, y le dió un canonicato en su catedral.

Cuando el Santo se vió canónigo, no creyó que el título de la prebenda lo era tambien de la diversion y de la ociosidad: comprendió todas las obligaciones con que cargaba, y se aplicó á desempeñarlas. Habiendo conseguido licencia del cabildo para ir á concluir sus estudios en Leon, cuyas escuelas eran á la sazón muy celebradas, se dejó admirar en aquella ciudad su modestia, aquella gran compostura y ajustamiento de costumbres con su rara sabiduría. Restituido á su iglesia, en poco tiempo fué su ejemplo y su admiracion. Pocas veces habia visto el clero y el pueblo tanta edificacion en personas de aquella calidad y en la flor de su juventud; lo que obligó al obispo á irle promoviendo por los grados y pasos regulares hasta el diaconato, y á pesar de su humildad le hizo arcediano de su iglesia.

Con la nueva dignidad se sintió encendido en nuevo zelo por su propia perfeccion y por la salvacion de las almas. Propúsose por modelo al santo diacono y protomártir S. Estéban, y sin exageracion se puede asegurar que imitó todas sus virtudes. Fué tan ardiente su caridad con los pobres, que no solamente les repartia con la mayor fidelidad las limosnas de los fieles, como

le pedia su ministerio, sino que á largas manos empleaba en ellos sus propias rentas. Representáronle que estaban vacías sus paneras, y no solo vendió los muebles, sino tambien muchas de sus tierras para socorrer á los pobres en una hambre que sobrevino, autorizando el Señor mas de una vez con milagros sus crecidas limosnas; porque habiendo gastado cuanto tenia por atender á la pública miseria, halló en una ocasion sobre el mismo lintel de la puerta de su cuarto un bolsillo lleno de piezas de plata; y ofreciéndosele el mismo escrúpulo que al santo Tobías, sobre si aquel bolsillo seria de alguno que le hubiese perdido allí, hizo que le publicasen; y no habiendo parecido dueño, al punto repartió entre los pobres todo cuanto habia en él.

Aun se estendió á mas su caridad, porque habiéndole suplicado que esplicase algunas lecciones de filosofia y de teología á los clérigos de la iglesia de Macon, lo hizo al instante con tanto aplauso y con tanto fruto, que mezclando entre las cuestiones mas áridas y secas las instrucciones morales mas vivas y mas eficaces, salian sus discípulos aun mas santos que sabios.

La fama de su virtud le dió á conocer en otras provincias estrañas. Muerto Guifredo, arzobispo de Besanzon, le pidió por pastor suyo esta ciudad; pero se resistió con tanta sinceridad y con tanta resolución, que perdieron la esperanza de reducirle. Aunque salió victorioso de este lance, quedó tan sobresaltado del peligro, que para que no se viese en otro semejante su humildad, determinó retirarse á algun claustro religioso.

La célebre abadía de Cluny, tan fecunda en hombres santos y sabios, gobernada á la sazón por Aymardo, su tercero abad, estaba reputada por el mas santo retiro que se conocia por aquel tiempo en Europa. Florecia en ella la disciplina monástica con el mayor rigor, y hacia gran ruido en el mundo el espíritu de penitencia que reinaba en aquella austerísima comunidad. Habia muchas noticias de Mayeul en el monasterio, y así fué recibido en él con singular alegría. Como era tan virtuoso, apenas tuvo otra cosa que mudar sino el vestido. El desasimiento de todos los bienes de la tierra, el espíritu de recogimiento, su tierna devocion, su vida penitente y su profunda humildad le condujeron en poco tiempo á la cumbre de la perfeccion, en un lugar donde parece que se habian refugiado y unido todas las virtudes.

Conociendo el abad Aymardo las que sobresalian tanto en el nuevo monge, acompañadas de sus raros talentos naturales, no quiso que las sepultase; y encargándole hácia dentro el cuidado de enseñar á los jóvenes estudiantes, le encomendó al mismo

tiempo todos los negocios mas importantes de afuera, nombrándole por bibliotecario y por apocrisario del convento. Desempeñó nuestro Santo con la mayor integridad y suficiencia todos estos empleos, sin que los viajes que se le ofrecieron para tratar con los príncipes en diversas cortes de la Europa, dispasen en él aquel su natural espíritu de retiro y de mortificacion; tan recogido, tan humilde y tan austero consigo mismo en medio de la corte, como en el centro del monasterio, no perdiendo jamás un punto de su primitivo fervor.

Hallándose el abad Aymardo muy debilitado y casi ciego en fuerza de su avanzada edad, propuso á los monges que le diesen por coadjutor suyo á nuestro Santo: consintió unánimemente el capítulo sin que otro que Mayeul contradijese la eleccion, con que se vió precisado á rendir el cuello al yugo de la obediencia. Juntáronse en Cluny todos los obispos vecinos con muchos abades, y habiendo sido solemnemente bendito, fué declarado abad del monasterio; y aunque Aymardo le obligó á que ocupase su lugar, nunca se consideró sino como su vicario y coadjutor. Cierta monge, que tenia oficio en el monasterio, saltó en no sé qué cosa á Aymardo; y éste con mas resentimiento del que fuera justo, mandó juntar el capítulo, y haciéndose llevar á él, preguntó al abad Mayeul en presencia de todos los religiosos, si era súbdito ó superior suyo; respondió el Santo con aquella su genial modestia y apacible mansedumbre, que siempre se habia considerado, y se consideraba como el último de todos los monges; que hacia profesion de obedecerle en todo; y que le honoraria y veneraria como á padre hasta la muerte. Pues si así es, replicó Aymardo, deja ese asiento del abad, y vete á sentar entre los demás religiosos. Al punto obedeció nuestro Santo, y Aymardo se declaró por único abad del monasterio, comenzando á proceder como juez y presidente del capítulo: acusó al monge que le habia ofendido; dejóle penitenciado; y haciendo el oficio de juez por espacio de media hora, renunció la abadía: mandó á nuestro Santo que volviese á tomarla; y él lo hizo con la misma indiferencia con que la habia dejado. No sobrevivió el anciano abad á este último acto de jurisdiccion; y hallándose ya Mayeul solo con todo el peso del gobierno, se dedicó únicamente á hacer que floreciese la disciplina monástica en la casa, elevando la abadía de Cluny á aquel supremo grado de perfeccion que la hizo tan célebre en todo el universo. Renovó el fervor en todo el monasterio, así con sus ejemplos como con sus instrucciones, no habiendo otro en toda la religion de S. Benito que le escediese en perfeccion, ni acaso vió jamás la vida monástica

tanto número de santos juntos, debiéndose en gran parte á los desvelos de S. Mayeul.

Acompañaba la fama del abad á la fama del monasterio; siendo muy particularmente estimado de todos los papas, emperadores y reyes de su tiempo.

Suplicáronle el emperador Othon I y la emperatriz Adelaida que tomase á su cargo la reforma de los monasterios de Alemania, y de algunos otros que estaban en los dominios del imperio. Aceptó con mucho gusto esta comision, por lo mismo que tenia bien previsto lo mucho que habia de padecer en ella. Correspondió el fruto á sus trabajos, y cedió en grande crédito de su zelo. Introdujo la regla del monasterio de Cluny, que era como una especie de reforma de la religion de S. Benito, en Ravena, en Pavia, en la Suavia y en el país de los suizos. Tambien la Francia esperimentó los efectos del zelo que le animaba; porque renovó la antigua disciplina en las abadías de Marmontier en Turena, S. German de Auxerre, Moutier-San-Juan, S. Benigno de Dijon, S. Mauro de las Fosas, cerca de Paris, y tambien hizo recibir la reforma de Cluny en el célebre monasterio de Lerins por orden del papa Benedicto VII. No pudieron hacerse en menos de diez años tan grandes mudanzas sin grandes milagros, y con efecto los hizo el Santo en todas partes; siendo tambien una especie de milagro el recogimiento interior, la íntima union con Dios, y las rigurosas penitencias que hacia Mayeul entre el tumulto de tantos cuidados y negocios como concurrían en el gobierno de tan célebre abadía.

Era una de sus particulares devociones ir en peregrinacion á aquellos lugares donde era venerada la santísima Virgen con alguna especialidad; por lo que muchas veces visitó el santuario de nuestra Señora de Velay y el de Loreto, de donde pasó á Roma á visitar el sepulcro de los santos Apóstoles, y siempre con el mismo espíritu y con la misma devocion.

Pasando por la ciudad de Coira en los grisones, dió salud al obispo Alberto, afligido mucho tiempo habia con agudísimos dolores, que le tenían reducido á la estremidad; y S. Pedro Damiano refiere, que habiendo desobedecido á nuestro Santo un monge del monasterio de Pavia, le mandó en penitencia que besase á un leproso, y ejecutándolo el monge, quedó el leproso repentinamente sano.

Al volver de estos viajes á Roma encontró una tropa de moros, que corrian los Alpes, y cogian todos los pasos de Italia. Cautiváronle con los religiosos que le acompañaban al pié de la sierra que se llama de S. Bernardo el Grande, y le condujeran

á Pont-Ouvrier, donde le metieron en prisiones. No se puede decir lo mucho que padeció de aquellos bárbaros; pero ni por eso perdió un punto de su devocion ni de su vida penitente todo el tiempo que duró su cautiverio; y no fué sin grande fruto, porque con sus exhortaciones convirtió á muchos infieles, y tuvo el consuelo de administrarles por su mano el santo bautismo. Rescatado del cautiverio por una gran suma de dinero, tuvo noticia, con gran dolor suyo, de que el emperador Othon II trabajaba eficazmente para hacer que le eligiesen por papa; pero la generosa y firme resistencia que hizo á esta suprema dignidad, edificó maravillosamente á todo el orbe cristiano, y quizá esta resistencia dió mas honor al santo abad, que le daría la dignidad misma.

Conociendo por sus muchos años y achaques que se acercaba el fin de sus dias, puso los ojos en su discípulo S. Odilon para sucesor suyo; propúsole á la congregacion, y ella le aprobó con general consentimiento.

Descargado ya del peso del gobierno, y libre del embarazo de los negocios, solo pensaba en prevenirse para la muerte, redoblando su fervor, sin dejarse ver en público, gozando la dulce tranquilidad de una profunda abstraccion, soledad y retiro, cuando Hugo Capeto, rey de Francia, que le estimaba y le veneraba mucho, le suplicó que pasase á Paris para reformar la abadía de S. Dionisio. Así las instancias de aquel principe, como los impulsos de su zelo, que nada habia perdido de su primitivo vigor con la fuerza de los años, le hicieron olvidar su debilidad, y no atender á las lágrimas de sus monges, que le disuadian de aquel viaje. Púsose en camino, y habiendo llegado á Souvigni en el Borbonés, murió con la muerte de los justos el día 11 de mayo del año 994, casi á los ochenta y ocho de su edad. Fué enterrado en la iglesia de S. Pedro, y su sepulcro se hizo glorioso por los milagros que obró el Señor por su intercesion.

Hallándose el papa Urbano II en Souvigni el año de 1096, fué elevado el santo cuerpo de la tierra, y se hizo su primera traslacion con solemnidad; y en tiempo de Honorio IV se hizo la segunda. Consérvanse en Souvigni estas preciosas reliquias, juntamente con las de S. Odilon su sucesor.

SAN EUDALDO, MÁRTIR.

FUÉ natural de Lombardia é hijo de padres de ilustre linaje aunque gentiles. No se ha averiguado á punto fijo el año de su